

## CARTA XXIX.

Paris, Hospital de San Luis.

El otro día le dije á mi Superiora:—Madre, hágame vd. favor de decirme qué es lo que debe hacer una hermana de la caridad que no tiene dinero, y que lo necesita para una obra buena.

—Hija mia, me respondió, es preciso ante todo que haga mucha oracion, y que no dude nunca de la Providencia de Dios que con tanta bondad se extiende á todas las criaturas: despues tiene que llamar con ánimo á la puerta de los ricos, haciéndose hasta importuna, si es necesario, para lograr que abran su mano para dar una pequeña parte de su supérfluo. Y además, si quiere alcanzar el fin que se propone, es indispensable que no se desaliente por las humillaciones, los desprecios y las negativas,

acordándose de que solo á la perseverancia está prometida la victoria.

—Muy bien, voy á hacerlo así.

—Ahora, Sor Teresa, dígame qué proyecto tiene vd.

—¡Oh! sí, madre mia, tanto más que necesito su licencia para ejecutarlo, pero espero que no me ha de ser negada.

—Eso veremos; segun lo que sea.

Inmediatamente le expuse á nuestra Madre todo mi plan, y así que lo oyó, me dijo:

—Vé, hija mia, y haz lo que deseas; quiera Dios bendecir tu buena intencion!

Como tú, Carolina, no estás en los antecedentes del asunto, tengo que explicártelo con más extension. Por cuidado.

Hacia muchos años que el hospital de San Luis contaba entre sus bienhechoras á una Sra. Chevalier, rica y muy piadosa, que acostumbraba repetir que, dar á los pobres es prestar á premio al Señor. Muchas veces venia con su hija única, llamada Susana, niña amable y muy buena, de cosa de doce años, que no dejaba nunca de agregar su pequeña limosna á la que su mamá nos daba para nuestros pobres.

Hace cosa de dos años comenzaron á dismi-

nuir las visitas de la Sra. Chevalier: sus caridades cesaron de repente, y por fin, pasaron meses enteros sin que se presentara. Nuestras hermanas supieron entonces que la pobre mujer, víctima de un abuso de confianza, habia sido completamente arruinada y se hallaba en la mayor miseria: Dios la probaba fuertemente porque la heria en lo más sensible, es decir, en su muy querida hija, cuyo brillante porvenir se encontraba destruido. Nuestras hermanas se apresuraron á ir á visitarla, para manifestarle la parte que tomaban en su desgracia, y ella les probó cuánto se los agradecía, volviendo á tomar sus antiguas costumbres. En cuanto llegué yo aquí, me cobró mucho cariño, y puedo decirte que amo yo á Susana como á una hermana mía. Esta buena niña me tiene tanta confianza que me cuenta en secreto todos los pesares de su mamá, quien por prudencia nos oculta la mayor parte.

Tambien es preciso que sepas que la Sra. Chevalier fué educada por una tia suya, *doncella rancia*, sumamente rica, que tenia empeño en casar á su sobrina con una especie de idiota, hijo de una amiga suya. Pobre é incapaz de bastarse á sí mismo, no podía aspirar á más

aquel jóven sino á contraer matrimonio con una heredera muchacha y bonita; y por su parte la Srita. Bechar, tia de la Sra. Chevalier, encontraba que era una cosa excelente sacrificar á su sobrina á la felicidad de aquel imbécil. Por desgracia, la jóven no fué de su opinion; su tia se esforzó vanamente en probarle que esa bella accion la habia de hacer feliz á ella, y que en sus circunstancias era mucho más meritorio consultar la caridad que no el gusto. La Sra. Chevalier, aunque de un carácter muy dócil, no condescendió; por más de dos años resistió á las instancias de su tia, mujer de buen fondo, pero muy tonta, y dominada por la madre de su protegido; demasiado intrigante, astuta y diestra. Llegando por último á la mayor edad, la Sra. Chevalier le declaró á su tia, que deseando poner en práctica sus consejos, se habia decidido á conceder su mano á quien fué despues su esposo, el Sr. Chevalier, que reunia á las mejores cualidades la ventaja de ser pobre.

Se verificó el matrimonio; pero la Srita. Bechar se disgustó con su sobrina, no quiso volverla á ver y la declaró que iba á dejar por testamento todos sus bienes al interesante jóven que ella no habia querido por esposo.

La Sra. Chevalier esperaba que el tiempo apagaría la cólera de su tía, y que por fin le había de volver á conceder su cariño; pero se engañó en su esperanza, y aun después de la muerte del Sr. Chevalier, acontecida poco tiempo después del nacimiento de Susana, la Srta. Béchar rehusó siempre oír hablar de su sobrina y de su sobrina nieta, y como lo había anunciado, adoptó por hijo al de su amiga.

Esta injusticia, que lastimaba los intereses de la Sra. Chevalier, la contristó mucho ménos que la cólera tenaz de su tía, quien aseguraba que jamás la concedería ese perdón, tantas veces pedido, pero siempre en vano: el solo pensamiento de que una parienta suya á quien tanto amaba, y que por otra parte era bastante piadosa, alimentaba sentimientos de odio contra ella, aflijía su caridad y su fé.

Cuando se vió ella arruinada, en lo ménos que pensó fué en recurrir á la Srta. Béchar, y para proporcionarse recursos, se lanzó á la carrera literaria.

Carolina, tú que tienes una antipatía tan pronunciada contra todas las mujeres sábias ó autores, no vayas á enojarte desde luego, te lo suplico mucho, contra esta excelente Sra. Cheva-

lier, que no es nada presentuosa, al contrario tan modesta como si no supiera otra cosa que lo que ignoran las más humildes hijas del pueblo. Habiendo quedado viuda muy jóven, y deseando consagrarse por completo á la educacion de su hija, se consagró al estudio de todas las ciencias útiles para una mujer, con el objeto de no verse obligada á confiar la educacion de su niña á personas extrañas: ella misma queria servirle de maestra. Hoy, si se ha hecho *autora*, es para poderle dar pan á esa prenda querida. ¿No se lo perdonarás tú en consideracion al motivo que la ha guiado, que es su amor maternal? ¡Oh! sin duda que sí; tal motivo le conquistará tu aprecio y no la reprension, y la compadecerás como yo, pues esa pobre mujer no ha recogido todavía más que disgustos y desengaños. Se dice que la vida está sembrada de ellos; pero para hablar con verdad ¿no se debiera agregar que las tres cuartas partes y media de ellos se reservan para las mujeres que escriben obras originales, es decir, para las que no queriendo manchar su pluma con escritos inmundos, aunque lucrativos, la consagran á la defensa de la moral, de la virtud y de la religion?

¡Ay! la Sra. Chevalier fué una prueba muy triste de eso. Ofreció su primer trabajo á más de diez editores antes de hallar quien lo quisiera solo examinar. Por fin halló cabida en casa de uno, que al cabo se lo devolvió sin haberle echado ni una ojeada, diciéndola que no se resolvía á publicarlo porque todavía no se había ella hecho lugar en el mundo literario. Otro más juicioso lo leyó, pero encontró que no estaba escrito segun el gusto de la época: otro lo rehusó dando por pretexto que el fondo no era bastante moral. Un vecino suyo no lo quiso porque era un libro demasiado místico y no había de tener salida. En resúmen, desechado, ya por el fondo, ya por la forma ó el estilo, juzgado alternativamente muy sencillo, ó demasiado romántico, el desgraciado manuscrito volvió, despues de innumerables peregrinaciones, á casa de su autora, ya desengañada, que lo puso en el cajon de su mesa junto á su último escudo de cien sueldos.

Mientras tanto, la pobre mujer fué vendiendo una tras otra todas sus alhajas y cosas de valor, hasta que se vió obligada á deshacerse de un tápalo chino, resto de su antigua opulencia, por el que le ofrecieron veinte pesos!... Si,

20 pesos, aunque en su tiempo había costado 200 cuando ménos.

Hacé dos dias que vino á contarnos su apuración, y así que se fué me ocurrió ponerme yo á venderle su tápalo, esperando sacarle más ventaja que ella; pedí licencia á nuestra Madre para hacerlo, como has visto al principio de esta carta, y ya con su aprobación me dispuse á ejecutar mi proyecto. Salí al dia siguiente acompañada de una hermana anciana, sorda como una tapia, y me puse á llamar de puerta en puerta en casa de todas las señoras ricas que conocemos nosotras, ofreciéndoles del mejor modo que pude, el que hicieran una buena obra, cambiando un billete de banco de 200 pesos por un tápalo chino que no vale ni veinte, por no estar de moda. Te habrias reído mucho oyéndome elojiar mi mercancía y ponderar los encantos de la beneficencia, con una elocuencia que me asombraba á mí misma. A pesar de todo, me despidieron con cortesía de tres casas, dándome á entender que creían que yo había perdido el sentido comun, atreviéndome á pedir tal cantidad por una cosa que no valia nada. Algunas personas, más sensibles, alababan mi buena intencion, pareciéndoles una cosa muy

puesta en razon; enaltecian mi celo y caridad, pero agregaban que, *con gran pesar* suyo no podian servirme más que formando dos deseos más sinceros, de que lograrse el buen éxito de mi empresa hallando otras personas más ricas que hiciesen lo que ellas no podian.

Con todo, no fué enteramente tiempo perdido, pues dos señoras piadosas acompañaron su negativa, una con 20 pesos y la otra con 40, como limosna para la señora necesitada. Siempre fué algo, y me propuse seguir al dia siguiente mi correduria y bajar el precio de mi tápalo, que tuve que volver á llevar á nuestra casa, un poco cabizbaja porque yo habia dicho que lo habia de vender sin dificultad.

No te vas á esperar lo que sigue, y sin embargo, ha sido mi punto principal desde que comencé mi carta. Un poco humillada, pues, por tener que confesar mi engaño, me aconsejaba el amor propio una porcion de razones para quitarme de ese negocio, mas apénas habia yo llegado al dintel de la puerta cuando una exclamacion "¡Hasta que llegó!" me hizo levantar los ojos, y hé aquí á Aurelia que me abrazó con cariño.

Tuve tanto gusto de verla y de conocer á su

hijita, que por más de un cuarto de hora olvidé completamente á la Sra. Chevalier, á su tápalo y á mi desengaño. Pero mientras de que Aurelia y yo platicábamos más que una cotorra, el cielo, que desde por la mañana estaba nublado se oscureció como tinta, y un aguacero con granizo restrió tanto la atmósfera, que nos obligó á cerrar las vidrieras.

—No tendré calor para volverme, dijo Aurelia temblando de frio, pues estaba vestida de ropa lijera.

Esas palabras, que bendigo como una inspiracion de la Providencia, me animaron á tomar una resolucion atrevida, porque desdoblado mi pobre tápalo chinto, la cubrí con él, y la dije:

—Señora nodriza, ha cometido vd. una imprudencia muy grande en haber salido hoy así: si no fuera por la prevision mia, quizá tendria eso funestas consecuencias. Conserve vd. este tápalo que le recordará siempre el obrar con más prudencia: se lo vendo por 170 pesos que tendrá la bondad de mandarme mañana en la mañana á más tardar.

—¡170 pesos! Sor. Teresa, respondió cobijándose con gracia, vd. se chancea; la cuarta parte de esa suma sería más que el doble de su

valor; estos tápalos ya no se usan sino por algunas ancianas, y aun ellas es preciso que sean algo despreocupadas.

—Pues no, señora, vd. lo ha de usar, y lo que es más, se ha de enorgullecer de usarlo, porque le recordará una buena acción, y vuestra hijita no podrá verlo nunca sin enternecimiento y sin bendecir á Dios por haberle dado una madre, que á pesar de ser joven y bien parecida, sabía imponerse privaciones por socorrer á un noble infortunio.

—Sor Teresa! exclamó riendo, vd. me quiere arruinar con semejantes compras.

—Todo lo contrario, lo que deseo es proporcionarla un medio fácil de aumentar sus riquezas.....

—Sí, ya lo entiendo; pero fuera de chanza, ¿en cuanto quiere vd. obligarme á comprar esa antiguaya?

—Ya se lo he dicho á vd., Señora, 170 pesos; no puedo bajar ni un centavo. Por hacerla favor á vd. la doy el tápalo en ese precio, porque he pedido más por él.

Se echó á reír, y me dijo abrazándome:

—Está visto que en adelante he de desconfiar

de vd., porque si la sigo haciendo caso, me verá reducida á venir á pedir aquí un asilo.

—Yo se lo ofrezco desde luego, señora; tendrá vd. cama y los cuidados más esmerados.

Me apretó la mano y me dijo:

—¿Conque siempre está vd. en exigirme 170 pesos por esta vision?

—Sí, señora.

—Pues los tendrá vd. mañana, pero con la condicion de que va vd. á empeñarse mucho y á trabajar cuanto pueda en la conversion de mi marido.

Eso con mucho gusto; haré todo lo que me sea posible.

Me abrazó de nuevo, y al dia siguiente por la mañana recibí la suma convenida, que reunida á los 30 pesos que ya tenia yo, le llevé á la Sra. Chevalier, quien con esto se halla ya por algun tiempo al abrigo de la necesidad. Si Dios me presta vida y me concede su auxilio, la he de sacar de su triste posicion. Otra vez te contaré mis proyectos.

Hé aquí, querida Carolina, la cuelga que te tenia yo: he creido que ninguna otra podia ser-te más grata que ese nuevo rasgo de la caridad de tu querida Aurelia, que es ahora, tan senci-

lla, tan piadosa y buena, como bella y amable. Que nos digan á nosotras, que la conocimos ántes, que la religion no es buena para nada. ¿Tu prima, hoy tan cristiana, no se diferencia tanto como el dia á la noche, de aquella Aurelia incrédula, caprichosa, coqueta, altiva y extravagante? ¿Y á quién debe ella tan dichoso cambio si no á la religion que ahora conoce, que practica tan bien y á quien ama tanto?

Adios, querida Carolina, mañana rogaré á tu santo por tí con todo mi corazon y comulgaré por tí; pero tú no dejes por tu parte de pedirle al Santo Arzobispo de Milan, que interceda por tu amiga, la pobre

SOR TERESA.

CARTA XXX.

Paris, Hospital de San Luis.

¡Ay! Carolina, ¡qué traicion! ¡quién la habria creido capaz de eso? La señora tu prima, esa Aurelia que quiero tanto, me ha engañado! ha herido en lo más vivo mi amor propio! Y lo que es peor para mí, me veo obligada en conciencia, de alegrarme de que haya sido así. Tú lo puedes hacer sin trabajo, porque á tí no te ha quitado, como á mí, el mérito de una buena obra, la gloria de un triunfo que debe haber sido un motivo de alegría en los cielos, así como de rabia y de furor en el infierno.

En fin, me avisan que me busca la Sra. de Marval, y como no es bueno hacer esperar á nadie, es preciso irla á ver inmediatamente; con esto, no concluiré mi carta hasta que se vaya .....